8. La muerte de la enseñanza de la literatura

CLARIDAD

Si algo debería evitar un docente es la complejidad. De hecho, la gran virtud de su función es hacer sencillo lo que no lo es. Con esa premisa en mente, hay que reconocer el fracaso histórico de los profesores. No sólo de los profesores de la asignatura Literatura, sino de los profesores en general. Algunos, han llegado a la perversión de encontrar en la complejidad un seguro de permanencia en lugares de poder.

En el ámbito de la enseñanza de la literatura, es evidente el desorden. Como acérrimo defensor del orden, aunque no puedo cargar con responsabilidades ajenas, reconozco que hemos hecho lo que hemos podido frente a la complejidad.

Todo el problema, desde mi perspectiva, tiene su origen evidente en el signo y en el significado del verbo «significar». Pero como apelaré aquí a la claridad, no me quedaré simplemente con esa afirmación acerca de qué es significar o qué entendemos por esa palabra. Lo plantearé a través de una pregunta sencilla: ¿qué es para nuestra comunidad significar? Porque puede ser:

1. Una acción abstracta llevada a cabo por entidades abstractas. Por ejemplo, una palabra «significa» algo, señala un valor lingüístico.

2. Una acción concreta llevada a cabo por alguien que «hace significar» algo. Esa persona «liga» un algo (sea una abstracción o algo concreto) a un valor.

La diferencia entre el valor señalado por algo consensualmente, sin intervención de nadie, y el valor atribuido a algo es sólo aparente. En el primer caso, existe una comunidad que establece el significado y luego se desmarca de esa acción. En el segundo caso, se reconoce que el valor al que llamamos «significado» queda unido a otra cosa por acción de alguien. Y esa unión es precisamente lo que hizo la comunidad. De ahí que a decir verdad es la opción 2 la que describe lo que ocurre en el proceso de «significar».

Eso explica gran número de malentendidos. Tenemos la ilusión de que cuando «decimos algo» se nos entiende precisamente «lo que hemos dicho», pero no podemos tener la certeza. Muchas veces los docentes no comparten las mismas asociaciones sígnicas que sus alumnos y la microcomunidad de alumnos utiliza esa circunstancia como una manera de vengarse respecto al hecho de que el docente deje en evidencia constantemente su ignorancia.

Pero si el significar es una acción llevada adelante por personas, hemos de pensar al signo como un ensamblaje realizado por personas. En el lugar más bajo de una cadena de vínculos tenemos que colocar a lo que tradicionalmente se ha llamado «significante». Y reconozcamos que todo lo que existe puede ser un significante. No solamente una palabra o una novela; hacemos de las cosas del mundo significantes cuando las ponemos a significar. ¿Y cómo las ponemos a significar? La respuesta es sencilla: ponemos a significar a las cosas del mundo cuando integran una pequeña estructura. En esa estructura, el significante, cualquiera sea, es ligado a un valor, idiomático o no. A ese valor le llamamos «significado». Esa ligadura, ese *linkeo*, como diríamos utilizando de manera un poco libre el idioma, es lo que forma la unidad «signo». Pero hay que entender que una acción cualquiera, como mover de lugar un mueble o inflar la rueda de una motocicleta, o decidir salir a caminar de tarde, puede entrar en ese esquema del que hablé como significante. Luego alguien anexará un significado: «movió el mueble porque no quería que yo hiciera fuerza, le da lástima mi situación»; «infló la rueda de la motocicleta porque le preocupa su seguridad»; «salió a caminar de tarde para darme gusto a pesar de que le gusta dormir la siesta». Cualquier cosa puede ser signo, que lo sean las palabras o que lo sea una «obra literaria» es solamente consecuencia de ello.

Yo quisiera aquí conservar la claridad. Y hacerlo es importante para la creación misma del significante. Cuando podemos pensar en el efecto de significar que tendrá algo en un futuro, cuando podemos diseñar intencionadamente un significante, podemos apostar a la opacidad y al desorden o a la claridad y al orden. Y esto está en el centro del problema de la interpretación, del que hablaré aquí. En la clase de Literatura hemos intentado hallar orden en el caos, inclusive en contra de la voluntad de los autores, de los responsables del diseño de los significantes. Eso ha tenido consecuencias profundas en nuestra credibilidad. No hemos podido solucionar problemas evidentes de manera sencilla. No lo hemos hecho. Simplemente hemos continuado, tapando errores como si se tratara de engañar a niños. El problema de la interpretación, por ejemplo, no ha sido solucionado y no hemos podido solucionar la crisis de credibilidad epistemológica que por todas partes salta a la vista.

No somos capaces de explicar nuestra propia asignatura y ha pasado de moda siquiera intentarlo.